

Las periodistas

Lily Sosa de Newton

Cartas de lectoras

El periodismo fue, en nuestro país, la primera manifestación literaria de las mujeres. Si algunas tuvieron esa inquietud no la habían hecho pública, pero en los años de la independencia se atrevieron a enviar cartas a los periódicos y lograron así difundir sus ideas en forma anónima. Cuando Manuel Belgrano fundó *Correo de Comercio*, que apareció el 3 de marzo de 1810, dio cabida a una extensa colaboración femenina –en dos ediciones del periódico– referida a la necesidad de establecer un hospicio en la capital para socorrer a las mujeres en situación de apremio. Firmaba «La amiga de la suscriptora incógnita» pues había visto el prospecto del periódico en casa de una amiga que compraba «cuanto papel sale de la imprenta».

Tras el pronunciamiento de Mayo, la presencia femenina se notó en los diversos periódicos que fueron apareciendo en Buenos Aires. *El Observador Americano*, *El Censor*, *El Centinela*, *La Prensa Argentina*, entre otros, fueron vehículo de agudas críticas y graciosas controversias entre las lectoras y los editores. El tema dominante era el derecho de las mujeres a estudiar, como lo hacían los hombres, o ciertas quejas sobre asuntos de la ciudad y del comportamiento de algunas personas. Los textos eran siempre anónimos pero llaman la atención la desenvoltura y el gracejo con que las espontáneas corresponsales exponían sus opiniones.

La precursora

Como no era suficiente mandar cartas a los periódicos, alguien consideró que había llegado el momento de salir a la palestra con una hoja propia, en la que se expresara abiertamente lo que se pensaba sobre la situación de la mujer en la sociedad. Así, el 16 de noviembre de 1830, tras lanzar el con-sabido Prospecto, apareció *La Aljaba*, modesta hoja dirigida por Petrona Rosende de Sierra (1787-1863), una uruguayaya residente en este lado del Plata que se dedicaba a la docencia y a la literatura.

Era una publicación de acentuado tono feminista, centrado en la aberración que significaba la falta de educación para las mujeres, a las que, sin embargo, se les exigía capacidad para educar a sus hijos y manejar el hogar. De esta modesta hoja aparecieron dieciocho números, que salieron dos veces por semana desde la Imprenta del Estado. No sólo la falta de medios económicos provocó la desaparición de *La Aljaba*; las burlas recibidas contribuyeron a ello. De todos modos, la periodista y su meritoria obra abrieron el camino a otras mujeres intrépidas, quedando ese nombre como símbolo de avanzada.

Una nueva etapa

El esfuerzo no se repetiría sino después de la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852, cuando nuevas generaciones de mujeres buscaron en el periodismo el terreno para exponer sus ideas y aspiraciones. El nombre de Rosa Guerra (1804-1864), ligado a la educación y a las ideas feministas, destacó en la Buenos Aires de entonces al fundar una revista literaria y de actualidades, *La Camelia*, que tenía por lema «Libertad y no licencia. Igualdad entre ambos sexos». Salió el 11 de abril y el artículo de presentación, que firmaban «Las redactoras», decía: «Confiadas en la galantería de nuestros colegas, nos atrevemos a presentarnos ante ellos. Sentimos que el pudor nos inhiba darles un estrecho abrazo y el ósculo de paz, porque aunque según un célebre escritor el genio no tiene sexo, nosotras, que carecemos de aquél, no queremos traspasar los límites que nos impone éste, ciñéndonos a estrecharles fuerte, amistosa y fraternalmente la mano». Esta amable salutación no surtió efecto, como ellas suponían, pues las burlas no se hicieron esperar. El periódico *El Padre Castañeta*, nombre que indica su carácter satírico y que redactaban Miguel Navarro Viola y Benjamín Victorica, les contestó con versos más que burlones, ofensivos, pues uno de sus fragmentos decía: «Mas no es la desgracia peor/ de meteros a escritoras,/ hallar pocos suscriptores/ y lo mismo suscriptoras,/ sino que si alguna vez/ escribís con ciencia suma,/ no faltará quien exclame/ leyéndoos: ¡hábil pluma!/ y hasta habrá tal vez alguno/ que porque sois periodistas/ os llame mujeres públicas/ por llamaros publicistas.» Así recibida la novel periodista, tras publicar el octavo número de *La Camelia* se llamó a silencio, aunque volvió a la palestra con otra revista, *La Educación*, que salió el 24 de julio de 1852, dedicada a «la honorable Sociedad de Beneficencia y al bello secso (*sic*) argentino». De esta publicación aparecieron seis entregas y contenía material propio de la directora y de otros autores, incluyendo traduc-

ciones del francés. La porteña Rosa Guerra, fallecida en 1864, dio a conocer algunos libros en prosa y verso. Colaboró asimismo en publicaciones como *El Nacional*, *La Tribuna*, *El Inválido Argentino*, *El Plata Científico y Literario* y otras.

Juana Manso (1819-1875) fue figura descollante del periodismo y la literatura¹, además de educadora. En 1854 fundó en Buenos Aires su revista *Álbum de Señoritas*, dedicada a las mujeres, donde intentó volcar la experiencia adquirida durante su exilio en Brasil, donde publicaba *Jornal das Senhoras*. Orgullosamente, lo presentaba como «Periódico de Literatura, Modas, Bellas Artes y Teatro» y fue lanzado el 1º de enero de ese año. Desde el comienzo fue una empresa dificultosa en el terreno económico, si se considera que no había publicidad y que se contaba sólo con los suscriptores. Juana Manso, única redactora, llenaba las páginas con sus trabajos sobre temas diversos y con entregas de su novela *La familia del Comendador*; y su situación llegó a ser tan comprometida que en su propia revista ofrecía lecciones de inglés, francés e italiano en casas particulares. Era en verdad un esfuerzo titánico y por fin, con el número ocho, del 17 de febrero, la esforzada Juana se rindió, despidiéndose del que llamó «querido hijo» con palabras dolidas: «Vivió y murió desconocido como su madre lo fue siempre en la región del Plata...».

Más periódicos y más periodistas

La segunda mitad del siglo XIX fue decididamente fecunda en escritoras que buscaban los periódicos para dar a conocer sus trabajos. Después de los mencionados surgieron otros, no siempre dirigidos por mujeres pero sí con preeminencia de redactoras o colaboradoras, que en muchos casos firmaban con pseudónimos pues existía cierto pudor en revelar la identidad, sin duda por temor a las críticas. En 1864 aparecieron *La Flor del Aire* y *La Siempreviva*. El primero era dirigido por Lope del Río, quien aclaraba que estaba dedicado «al bello sexo». Contó con dos redactoras de fuste: Eduarda Mansilla de García –que firmaba «Daniel»–, encargada de la crítica teatral, y la conocida Juana Manso –«Dolores»– de la sección «Modas y comentarios diversos». Eduarda fue conocida en 1860 por *El médico de San Luis*, novela costumbrista. Hermana de Lucio Victorio y sobrina de Juan Manuel de Rosas, llegó a ser excelente escritora y cronista que dejó

¹ Ver, en este dossier, el trabajo de Lidia F. Lewkowicz.

una obra admirable por muchos conceptos². Escribió en diversos géneros pero en el periodismo se sentía especialmente cómoda. En *El Nacional*, que dirigía Sarmiento, colaboró con frecuencia, y también lo hizo en *El Plata Ilustrado* y otras publicaciones porteñas.

Desaparecido el periódico *La Flor del Aire*, poco después, el 16 de junio de 1864, salió *La Siempre-viva*, su continuador, dirigido por Luis Telmo Pinto y redactado por Juana Manso. Estaba dedicado a «literatura, modas, teatro, bellas artes, crónicas». También se aclaraba que «estaba escrito por señoras». La propia Juana Manso expresaba su programa con sensatas palabras: «No vengo sólo a contraerme a sostener el órgano de la Moda, que es la cultura exterior, sino a crear un órgano de los intereses morales e intelectuales de la mujer...»

Por esos años fue publicado un periódico dirigido y escrito por hombres, *El Alba*, pero «dedicado a las hijas de Eva» pues ya se sabía que ellas eran un buen público para esos productos. Se presentaba como «Revista de literatura, modas y teatro», temas que podían ser «gancho» para las lectoras. Destacados hombres de letras ocupaban sus páginas y solamente tres mujeres participaron de esta empresa literaria: Eduarda Mansilla, que firmaba «Alvar», Amparo Vélez y «Josefina», tal vez Josefina Pelliza. La publicación se extendió desde el 18 de octubre de 1868 hasta el 10 de enero de 1869.

Una revista perdurable: *La Ondina del Plata*

1875 fue un año importante para el periodismo dedicado a la mujer. El 7 de febrero apareció una revista que perduraría cinco años, récord donde lo efímero, en esa materia, era corriente. La dirigían Luis Telmo Pintos y Pedro Bourel, ya conocidos en el ambiente. Distinguía a la publicación el hecho de que intentó, y lo logró, abarcar otros países de América, y además dar participación a prestigiosas firmas del momento. En el N° 1 fue reproducida la carta de una escritora española que recorrió el continente, publicó varios libros y visitó Buenos Aires. Era Emilia del Toral, baronesa de Wilson, quien prometía enviar un original, como lo hizo. «Pueden contar con mi pobre alianza», les decía. Fueron publicados trabajos en prosa y verso, entre ellos uno «Dedicado a las damas argentinas». El 7 de marzo se anunciaba la llegada a Buenos Aires de Juana Manuela Gorriti (1816-1892), una asidua colaboradora. Desde Lima, Carolina Freyre de Jaimes (1835-1906) hacía llegar sus trabajos, y lo mismo otras escritoras del con-

² Ver, en este dossier, el trabajo de María Rosa Lojo.

tinente. Más tarde, con su marido, se radicó en Buenos Aires y fue activa periodista y autora de libros.

Pero no sólo eran publicadas las colaboraciones literarias sino noticias varias. Por ejemplo, el 23 de abril de 1876 se anunciaba: «Hoy domingo se inaugura en Barracas la linda capilla de Santa Felicitas», corolario de un drama pasional que cuatro años antes había conmovido a la sociedad porteña. Otra famosa escritora española, Pilar Sinués de Marco, también aceptó escribir para *La Ondina* y envió sus notas. Esto era resultado de la invitación que el director había hecho llegar a las principales autoras de la Argentina, el resto de América y España. Para regocijo de los lectores, se entabló una polémica entre la escritora cordobesa María Eugenia Echenique –que firmaba «Sor Teresa de Jesús– y Josefina Pelliza de Sagasta –«Judith»– sobre «Emancipación de la mujer», pues no todas eran partidarias del feminismo, tema que preocupaba a las mujeres y originaba toda clase de comentarios.

Este periódico tuvo larga duración (7 de febrero de 1875 a 28 de diciembre de 1879) y cumplió con el propósito fijado de llegar a otros países. Los cuatro primeros tomos tenían como subtítulo «Revista semanal de literatura y modas» y el último «Publicación literaria ilustrada», con dibujos de modas, que antes se entregaban aparte, incluidos en el texto. Entre las colaboradoras estaban, aparte de las mencionadas antes, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla de García, Raymunda Torres y Quiroga, Lola Larrosa de Ansaldo, Adriana Buendía, Clorinda Matto de Turner, Carolina Freyre de Jaimes, Mercedes Cabello de Carbonera, Quiteria Varas y Marín, Agustina Andrade e Ida Edelvira Rodríguez. Muchas más, locales y del exterior, aportaron asimismo interesantes trabajos. Del sector masculino hubo también buenos aportes de conocidos escritores, como Pastor Obligado, Ángel J. Carranza, Miguel Cané, Pedro Bourel. Quedaba demostrado así que no se trataba de «cosas de mujeres» sino que ellas estaban allí en el mismo nivel que los hombres. Publicó también *La Ondina*, en 1877, el *Álbum Poético Argentino*, en 1878 un volumen de *Novelas Americanas* y, en 1879, *Almanaque del Salón de La Ondina*.

La Alborada del Plata

En plena vigencia de *La Ondina*, el 18 de noviembre de 1877, Juana Manuela Gorriti³ lanzó su propia revista, *La Alborada del Plata*, dispuesta a reeditar en la patria el emprendimiento literario que en Lima mostró su fuer-

³ Ver, en este dossier, el trabajo de María Gabriela Mizraje.